

HANS-JÜRGEN KRAHL. TEORÍA CRÍTICA Y MOVIMIENTO ANTIAUTORITARIO EN EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL ALEMÁN

Bajo el Volcán, año 1, núm. 1, Noviembre de 2019 - Abril de 2020

Jordi Maiso

Fecha de recepción: 28 de enero de 2019

RESUMEN

El presente artículo presenta los rasgos fundamentales de la fisonomía intelectual y política de Hans-Jürgen Krahl (1943-1970) en el marco del movimiento antiautoritario alemán de finales de los sesenta. Su figura resulta inseparable del intento de plantear una continuación de la teoría crítica de sus mentores (Adorno, Horkheimer y Marcuse) en la situación social e histórica precisa del capitalismo estabilizado de la segunda posguerra europea. En este marco se analiza su contribución a la comprensión política del movimiento antiautoritario del SDS, que Krahl liderara junto con Rudi Dutschke, y que aspiraba a una politización de la conciencia en el capitalismo avanzado. Finalmente se incluyen algunas reflexiones sobre su intento de revitalizar una teoría crítica emancipadora a partir de un intento de replantear el problema teórico y político de la organización.

Palabras clave: Hans-Jürgen Krahl, movimiento antiautoritario, 68, teoría crítica.

ABSTRACT

The present paper sketches the intellectual physiognomy of Hans-Jürgen Krahl (1943-1970) in the framework of the German antiauthoritarian movement of the late sixties. He attempts to further develop the critical theory of his mentors (Adorno, Horkheimer and Marcuse) in the social constellation of the stabilised capitalism of the European postwar period.

From this framework the paper outlines his contribution to the political understanding of the antiauthoritarian movement of the SDS –which he led with Rudi Dutschke–, attempting to politicize consciousness in advanced capitalism. Finally, the paper includes some reflection on his attempt to reavivate critical emancipatory theory from the need to rethink the theoretical and political issue of the organization.

Keywords: Hans-Jürgen Krahl, antiauthoritarian movement, 68, critical theory

La figura de Hans-Jürgen Krahl (1943-1970) ha caído en el olvido. Si se alude a él, suele ser como el estudiante discolo de Th. W. Adorno que, en el contexto de las movilizaciones estudiantiles de finales de los sesenta, se volvió contra el maestro, revelando una supuesta fractura entre teoría crítica y praxis emancipadora. El momento culminante del conflicto fue la ocupación del Institut für Sozialforschung en enero de 1969, encabezada por Krahl, que acabó llevando a Adorno a llamar a la policía. Se dice que Adorno durante la ocupación pidió un spray, pues él también quería escribir un grafiti: “En este Krahl habitan los lobos”. Este relato encaja bien con los clichés que, entre tanto, se han consolidado sobre el “movimiento de protesta” que se condensa en la cifra “1968”, pero también sobre las supuestas contradicciones del propio Adorno. Sin embargo, en rigor, estos lugares comunes no permiten una comprensión cabal de lo que estaba en juego en las fricciones y afinidades entre unos estudiantes politizados y los docentes de distintas generaciones en Frankfurt, que fueron –ante todo– sus mentores. Mucho menos sirven para comprender el calado de la propia figura de Krahl, sin duda la cabeza más destacada del movimiento estudiantil en Alemania. Su prematura muerte en un accidente de coche la noche del 13 al 14 de febrero de 1970, con apenas 27 años, segó bruscamente una vida que apenas estaba despuntando. “Es insustituible, y estoy convencido de que hubiera sido una persona notable”, escribió Max Horkheimer a sus padres unos días después de conocer la noticia de su fallecimiento (Horkheimer, 1970).

“Era el más listo de todos nosotros”, dijo sobre él en algún momento Rudi Dutschke (cit. Reinicke 2013: 282). Krahl fue, junto a Dutschke, la principal figura del movimiento antiautoritario en la República Federal Alemana. Ambos fueron decisivos en el periodo álgido de las movilizaciones entre 1967 y 1969. Pero Krahl destacó ante todo como el teórico del movimiento, el que ponía constantemente en guardia frente el anti-intelectualismo y la hostilidad a la teoría en las propias filas, mientras que en Dutschke primaba el momento de agitación política (Claussens, 1985, 427; Reinicke, 2010). La breve vida del movimiento está jalonada por el destino trágico de ambos. Dutschke quedaría un tiempo fuera de combate tras el atentado que sufrió en pleno Kurfürstendamm de Berlín en abril de 1968 –moriría once años más tarde de las secuelas de los disparos– y en febrero de 1970 el repentino fallecimiento de Krahl supuso un verdadero mazazo. El movimiento de protesta estaba en un proceso de descomposición en pequeños grupos sectarios que parecía imparable. De hecho, la principal asociación de estudiantes durante el movimiento de protesta, el SDS (*Sozialistische Deutsche Studentenbund* [Alianza de Estudiantes Socialistas Alemanes]), se disolvería informalmente inmediatamente después del entierro de Krahl –oficialmente lo haría algunas semanas más tarde–. Pero podría decirse que su fallecimiento acabó de sellar, no sólo la descomposición del movimiento estudiantil en la RFA, sino también la fase en la que Frankfurt fue el enclave de la teoría crítica de la sociedad. Adorno había muerto de un repentino infarto apenas seis meses antes y sus posiciones teóricas no tuvieron continuidad en la Universidad de Frankfurt; Horkheimer llevaba tiempo retirado en Montagnola. Entre los más jóvenes, solo Schmidt se quedaría en Frankfurt. Oskar Negt se iría poco después a Hannover para intentar fundar allí un nuevo foco de teoría crítica de la sociedad; Jürgen Habermas, por su parte, se retiraría a Starnberg a desarrollar allí su teoría de la acción comunicativa. Su regreso a la Universidad de Frankfurt en 1983 marcó más bien el comienzo de una fase nueva.

Pero, ¿quién fue Hans-Jürgen Krahl? Si bien su figura no era tan mediática como la de Dutschke, todos coinciden en señalar que su potencial intelectual y político era extraordinario. Si Günter Grass llegó a referirse a la revuelta estudiantil como la “revolución leída” (cf. Wesel 2002: 39), en la medida en que sus principales exponentes tenían una sólida formación a sus espaldas, eso vale sobre todo para Krahl. No faltan testimonios de su amplia erudición, que no se limitaba a la tradición marxiana, sino que evidenciaba también una gran familiaridad con Kant, Hegel, Nietzsche, Platón y Aristóteles en filosofía, y en literatura con el clasicismo y el romanticismo alemán (Hölderlin, Jean Paul), pero también con autores como G. Bücher, S. George y G. Benn. Por lo demás, Adorno no dudaba en señalarle como uno de sus más brillantes estudiantes, y era quizá el único capaz de discutir de igual a igual con Habermas, Negt y Schmidt, pero también con Ralph Dahrendorf o Alexander Mitscherlich. Con todo, Krahl apenas había publicado en vida. El periodo álgido de politización y protestas entre 1967 y 1969 no había dejado tiempo para una trayectoria académica convencional. El trabajo en su tesis doctoral sobre las “leyes naturales del desarrollo capitalista”, dirigido por Adorno, había quedado en segundo plano ante la emergencia del movimiento de protesta. Lo que nos ha llegado de su obra tiene un carácter irremisiblemente fragmentario y es testimonio de un pensamiento bruscamente interrumpido: apenas algunos escritos, muchos de ellos inacabados, algunas reflexiones a partir de lecturas, materiales de discusión o textos y transcripciones de intervenciones en seminarios, Teach-ins o discursos ocasionales.

Su principal libro, *Konstitution und Klassenkampf. Zur historischen Dialektik von bürgerlichen Emanzipation und proletarischer Revolution* [Constitución social y lucha de clases. Sobre la dialéctica histórica de emancipación burguesa y revolución proletaria] (Krahl, 1971), editado por algunos de sus compañeros un año después de su muerte, consta de 400 apretadas páginas que contienen escritos e intervenciones que van de 1966 a febrero de 1970. Como ha señalado Detlev Claussen (cf. Maiso, 2009: 121), en dicho volu-

men se reúnen textos surgidos en un momento en el que el trabajo teórico se concebía como parte de un proceso de intervención política, surgidos en plena vorágine del movimiento estudiantil, y no pueden juzgarse desde los criterios convencionales para evaluar una obra teórica al uso. Fue la prematura muerte de Krahl la que llevó a fijar esas palabras pronunciadas y garabateadas, en buena medida circunstanciales, en forma de libro impreso. Eso no debe perderse de vista al leer estos escritos, cuyo destino no era el de la letra fijada, expuesta, disponible para un lector que hoy apenas puede barruntar lo que estaba en juego en cada intervención. De ahí que el libro haya quedado en buena medida como un “documento histórico” de una trayectoria teórico-política que quedaría indisolublemente unida al movimiento antiautoritario, y que desapareció con él.

Sin embargo, estos escritos ofrecen también algo más. Están atravesados por la búsqueda de una posición teórico-política a la altura del momento histórico, consciente de que la tradición surgida del movimiento obrero ya no servía y de que la prioridad de la teoría crítica era articular las posibilidades de transformación social en el seno del capitalismo avanzado. Sin duda, el lenguaje y los intereses de Krahl están marcados por las urgencias del movimiento antiautoritario en el que surgieron, pero su búsqueda sigue siendo central para toda teoría crítica viva. El objetivo era pensar la realidad social desde el punto de vista de su transformación (cf. por ejemplo, Krahl, 1971: 248). La teoría había de volver a ser una “fuerza material” en la historia. En este sentido, Krahl encarna una comprensión de teoría crítica completamente ajena a las derivas academizantes que predominaron desde los años setenta; si algo la constituye es su toma de partido [partisanship], su rechazo del conocimiento “puro” y un impulso eminentemente político. “La muerte de Krahl en 1970 simbolizó la muerte de esta orientación política en Alemania Occidental, algo que entonces sólo cabía pre-sentir: los años setenta estuvieron marcados por los espontaneístas, los partidos de estructura vertical y la RAF” (Claussen, 1985: 426). La comprensión histórica de la fase antiautoritaria del movi-

miento de protesta, en la que la producción de Krahl cobra sentido, ha quedado eclipsada por lo que vino después: la descomposición del movimiento en pequeños grupos sectarios de corte maoísta o marxista-leninista y en agrupaciones que apostaron por la lucha armada. En la discusión pública alemana el movimiento de protesta –y con él a veces también Krahl (cf. Kalitz, 2007: 127 ss.)– ha quedado reducido a mero “antecedente” de las acciones armadas de la RAF o el Movimiento del 2 de junio en los años setenta. Junto a la prematura muerte de Krahl y al carácter disperso y ocasional de sus escritos, esta es quizá la mayor dificultad para entender el calado de sus contribuciones y de su fisonomía político-intelectual.

LA FORJA DEL “ROBESPIERRE DE BOCKENHEIM”

El propio Krahl ofrece algunos testimonios importantes para entender su itinerario político e intelectual, no siempre exentos de estilización. El principal documento en este sentido es su célebre “Angaben zur Person” [Datos personales] (Krahl, 1971: 19-30), un discurso improvisado en el juicio por las manifestaciones contra la concesión del Premio de la Paz del Comercio Librero Alemán al presidente senegalés Léopold Senghor. En él Krahl hace gala de sus habilidades como orador, dando cuenta de su “odisea por las formas de organización de la clase dominante” (Krahl, 1971: 20) hasta desembocar en el movimiento antiautoritario. El Krahl que pronuncia este discurso en octubre de 1969, con apenas 26 años, es ya un personaje público. El chico pálido y frágil con un ojo de cristal, pues de niño –con apenas un año– había perdido el ojo derecho en un bombardeo, exhibe aquí una retórica desenvuelta, precisa y mordaz. Apenas dos años antes, en junio de 1967, su intervención en una protesta por el asesinato del estudiante Benno Ohnesorg en Berlín había vaciado el campus por su complicada jerga adorniano-hegeliana (Claussen, 1985: 427). Ahora se había convertido en un orador brillante y en un referente del movimien-

to, ganándose el respeto incluso de aquellos que no compartían sus posiciones políticas (Schütte, 1970: 711). Por sus dotes como agitador, los medios se referirían a él como “el Robespierre de Bockenheim”, aludiendo al distrito de Frankfurt donde tiene su sede la universidad. Y es que Krahl no solo era la gran cabeza del movimiento, sino que –como Dutschke– estaba en primera plana tanto en los Teach-in y las asambleas como en las confrontaciones con la policía.

En torno a Krahl comenzó a surgir así una suerte de leyenda personal –que él mismo contribuiría a crear–. Si bien no se preocupaba demasiado de su aspecto y en principio no destacaba entre los *looks* estilizados y subversivos que primaban en el movimiento, Krahl encarnaba una radicalidad existencial. La tentativa de alumbrar nuevas formas de individualidad tras el declive histórico del sujeto burgués se convirtió en su forma de vida. Carecía de domicilio fijo, y a menudo también de dinero. Dormía en casas de amigos, en pisos compartidos o residencias estudiantiles, acompañado siempre de su bolsa con libros y anotaciones. Carecía de biblioteca, pero había leído mucho y se lo sabía todo. No ocultaba su homosexualidad, y su aguante con el alcohol (a base de dobles de doble korn) era legendario. Pese a venir de una sencilla familia de la Baja Sajonia, que le había permitido hacerse con una buena formación, a menudo aludía a una supuesta procedencia aristocrática, mencionando incluso la dinastía de los von Hardenberg –una historia según la cual sería nada menos que en un descendiente de Novalis– (cf. zur Lippe, 1989: 122 s.; Rabehl, 1997: 42). Sin embargo, estas tentativas de fabularse un personaje eran probablemente ante todo una especie de coraza, un intento de protegerse por parte de un joven inteligente y sensible que se había convertido rápidamente en un referente público y que, pese a sus muchos admiradores y adeptos, estaba más bien solo (Wesel, 2002: 130).

Pero Krahl sabía que su periplo personal era también sintomático. En él cobraba voz el proceso de politización de una joven generación en la Alemania post-fascista. Así lo narra en sus “Datos personales”, iluminando el reverso oculto de la Alemania de la

restauración de Adenauer y el milagro económico, que llevó a esta generación a crecer en un ambiente de continuidad tácita con el pasado nacional-socialista:

En la Baja Sajonia, al menos en los lugares de los que vengo, domina aún en buena medida lo que se puede denominar ideología de la tierra, de modo que en mi proceso de formación política no pude moverme más que en el espectro que va del Partido Alemán al Partido de los Güelfos. No pude hacerme siquiera con las ideologías de la liberalidad y el parlamentarismo; hay que tener en cuenta que en los pueblos en los que crecí las reuniones mantienen esa esfera no-pública que recuerda a los rituales de los juicios por brujería en la Edad Media (Krahl, 1971: 19).

Su periplo le llevaría a pasar por grupúsculos místicos y ultranacionalistas como el *Luddendorffbund*, cercanos a la ideología de la sangre y el suelo, hasta que, en 1961, con apenas 18 años, fundó en su ciudad natal las juventudes de la Unión Democristiana. Sería a través de la iglesia como tendría por primera vez noticias de la resistencia contra el fascismo. Pero todavía en sus primeros años de universidad, en Gotinga, pasaría por asociaciones estudiantiles de corte elitista que practicaban la esgrima. En lo intelectual, entraría primero en contacto con la filosofía de Heidegger (“una filosofía que se da a aventuras imperialistas”, Krahl, 1971: 21), más tarde con el positivismo lógico, hasta descubrir por fin la dialéctica marxista. Lo que Krahl describe aquí es un proceso de formación entendido como proceso de emancipación individual, de progresiva ruptura con el ambiente opresivo y autoritario que predominaba en la sociedad alemana en la que creció.

No es extraño que un joven con semejante trayectoria pudiera sentirse atraído por la figura de Adorno. Este alzaba una voz solitaria e inconformista en el ambiente político-intelectual “castrado” de la restauración alemana (cf. Adorno, 2003: 18). Libros como *La jerga de la autenticidad* habían sido cruciales para advertir los

peligros de una nueva ideología alemana en la que aún reverberaban los ecos de la *Volksgemeinschaft* (Krahl, 1971: 22; Maiso, 2009: 107). Fue precisamente la teoría crítica de Adorno lo que llevó a Krahl a trasladarse a la Universidad de Frankfurt, en una decisión que él mismo calificó como “eminente política”. No tardaría mucho en convertirse en doctorando de Adorno y reunir a su alrededor a un grupo de estudiantes politizados con un alto nivel teórico. Para esta joven generación de estudiantes, la necesidad de comprender la realidad en la que vivían iba unida a la búsqueda de transformaciones sociales, y sin duda lo que podía aprenderse en el entorno del Instituto de Investigación Social conectaba con estos anhelos. Adorno y Horkheimer representaban además un enlace vivo con la tradición crítica de los años veinte y treinta, que había quedado sepultada por el nacional-socialismo y el exilio. Pero Frankfurt no era solo la ciudad de la teoría crítica. Allí estaba también la dirección federal del SDS, la asociación de estudiantes socialistas que iba a convertirse en centro del movimiento antiautoritario, y la ciudad del Meno iba a ser su principal foco en Alemania occidental, sólo por detrás de Berlín-Oeste. Allí iban a marcar el tono estudiantes que se consideraban en buena medida discípulos de Adorno y Horkheimer, y Krahl sería sin duda el más destacado entre ellos.

Krahl había entrado en la asociación en 1965: “En el SDS aprendí por primera vez lo que significa la solidaridad; a saber: construir formas de relacionarse que permitieran desvincularse de las opresiones y subyugaciones de la clase dominante” (Krahl, 1971: 22). En esta asociación estudiantil culminaba el recorrido de emancipación individual que Krahl narraría en sus “Angaben zur Person”. Y es que el trabajo conjunto en grupos de discusión y lectura, las movilizaciones políticas y universitarias, permitieron a muchos jóvenes superar la sensación de aislamiento y comprender la dimensión política de sus biografías. Se trataba de una generación marcada por la conciencia del pasado nacional-socialista, en cuyo silenciamiento había crecido, pero también por el ambiente asfixiante de la Guerra Fría y la toma de contacto con las luchas

nacionales y decoloniales (Cuba, Argelia), así como el horror de la guerra de Vietnam. Esas experiencias les llevarían a enfrentarse con el clima de la Guerra Fría y con instituciones que a sus ojos aparecían como envejecidas. La propia historia del SDS es en cierta medida una muestra de esos conflictos. Hasta 1961 había sido la organización estudiantil del Partido Social-Demócrata (SPD). Pero su apoyo a campañas contra el armamento atómico y su insistencia en que se reconociera la existencia de la RDA tendría como resultado que el SPD les cortara la financiación y expulsara a sus miembros. Sin embargo, y contra toda expectativa, el SDS no desapareció. La coyuntura política de los sesenta le permitió sobrevivir, y a mediados de la década contaban con miembros que no se alineaban con la socialdemocracia ni con el comunismo, y consideraban que el “socialismo realmente existente” no representaba una alternativa deseable. De ellos iban a surgir la nueva izquierda y el movimiento antiautoritario que, a partir de junio de 1967, alcanzaría dimensiones masivas en la República Federal; sus referentes serían Dutschke y Krahl, que –desde posiciones en principio minoritarias– consiguieron marcar el rumbo de la asociación frente a las corrientes del marxismo ortodoxo afines al Partido Comunista.

La autodenominación del movimiento como “antiautoritario” no remitía sólo al rechazo a someterse a instituciones como el Estado, los profesores o la opinión pública. Implicaba también una crítica de la política tradicional y del socialismo autoritario, del sistema tradicional de educación y de la continuidad alemana, y era síntoma de un malestar en la familia tradicional y en la organización de las relaciones amorosas (Claussen, 1988: 52). El impulso era subvertir una normatividad social y unas instituciones opresivas, que ya no parecían a la orden del día. Con ello se apuntaba hacia una nueva forma de vida, cuyo germen debía anticiparse en las propias formas de organización política, ajenas a toda imposición violenta, que requerían también de procesos de disciplinamiento para llegar a cristalizar (Krahl, 1971: 27). “El *pathos* era desarrollar un concepto de emancipación que no apelara a normas fijadas de antemano para orientar la acción” (Demirovic,

1989: 73). Pero la designación del movimiento como “antiautoritario” era también un guiño a la influencia de los teóricos críticos que habían desarrollado sus estudios sobre “autoridad y familia” o sobre la “personalidad autoritaria”. Algunos de sus escritos de los años treinta y cuarenta –principalmente *Dialéctica de la Ilustración*, *Ocaso* o “Estado autoritario”– circulaban entre los estudiantes en copias piratas. En ellos habían descubierto una crítica implacable tanto del nacional-socialismo como del comunismo soviético que entroncaba directamente con los impulsos políticos del movimiento (Claussen, 2000: 155 s.).

La comprensión teórica de Krahl parte sin duda de la teoría crítica de Adorno, aunque sus textos evidencian también una fuerte influencia de los planteamientos de Marcuse y del joven Horkheimer. Para Krahl estos teóricos habían ofrecido a los estudiantes politizados categorías que permitían comprender las lógicas de dominación en el capitalismo avanzado, que ya no podían entenderse en el marco del diagnóstico de depauperización y miseria material propio del marxismo tradicional (Krahl, 1971: 292). La teoría crítica enfatizaba el vínculo indisoluble entre las formas de socialización del capitalismo avanzado y la configuración de los sujetos vivos, que interiorizaban las relaciones de dominación al precio de una atrofia de sus potencialidades, de la cosificación de las relaciones sociales y de un empobrecimiento de la vida. Los individuos quedaban reducidos a meros centros de reacciones, incapaces de actuar autónomamente o de articular las instancias críticas del Yo que habían podido cristalizar en el seno la familia burguesa. El sistema capitalista podía desarrollar un alto grado de sofisticación en los medios para satisfacer necesidades, pero reducía la vida social a la mera lucha por la subsistencia física, y en último término brutalizaba las relaciones humanas (Krahl, 1971: 25). Lo que los teóricos críticos habían registrado era precisamente la significación histórica del hundimiento de la individualidad burguesa, que iba a marcar también el surgimiento del movimiento de protesta:

En realidad, su comienzo antiautoritario era un duelo por la muerte del individuo burgués, por la pérdida definitiva de la ideología de la esfera pública burguesa y la comunicación libre de dominio, que surgieron de la solidaridad que la clase burguesa había prometido a la humanidad en su periodo heroico, por ejemplo en la Revolución Francesa, y que nunca logró cumplir, y que ahora se ha desmoronado definitivamente (Krahl, 1971: 25).

Krahl compartía con Horkheimer y Adorno la conciencia de que el final de la sociedad burguesa no solo había implicado un vaciamiento de la democracia, sino también el fin de un horizonte revolucionario. La diferencia con sus mentores estribaba en que los teóricos críticos habían ofrecido un diagnóstico certero de la descomposición del sujeto burgués, pero en cierta medida habían quedado encerrados en su ruina (Krahl, 1971: 291). Ir más allá de esos restos requería articular formas, no sólo de reflexión teórica, sino también de praxis emancipadora. El diagnóstico de la derrota del movimiento obrero a manos del fascismo y su integración en el capitalismo de posguerra parecía certero. Sin embargo, lo que se planteaba entonces era “cómo es posible una transformación de las relaciones sociales, eventualmente en condiciones más difíciles” (Krahl, 1971: 242). Cuando nada en la lógica del capitalismo parece apuntar más allá de la inmanencia sistémica, la pregunta que plantea Krahl es cómo es posible transitar hacia el reino de la libertad. En este sentido se ha interpretado su posicionamiento como una especie de crítica inmanente de la tradición frankfurtiana (Boyle y Spaulding, 2014; Reinicke, 1973). Pero, en rigor, este impulso transformador de la teoría crítica estaba en perfecta sintonía con el talante con el que Horkheimer había planteado el proyecto colectivo. Todavía en 1968, con motivo del prólogo a la esperada reedición de sus escritos de los años treinta, había escrito Horkheimer: “extraer de la teoría crítica consecuencias para la acción política es el anhelo de aquellos que se la toman en serio” (Horkheimer, 1968: 14). Las diferencias teóricas con sus mentores

vendrían por el momento voluntarista de sus planteamientos, que enfatizaban el rol de la espontaneidad, la conciencia y la voluntad en la transformación social. El conflicto, en cambio, resultaría de las estrategias para lograr unidad y visibilidad en la fase de declive del movimiento, que convertirían a las “autoridades críticas” en símbolos a capitalizar en la lucha política –y así lo entendió también Adorno (2000, 95)–. Pero entender las relaciones de Krahl con la teoría crítica “clásica” requiere analizar la orientación que intentó dar al movimiento antiautoritario y cómo pretendía articular en él las relaciones entre teoría crítica y praxis transformadora.

POLITIZAR LA CONCIENCIA EN EL CAPITALISMO AVANZADO

El surgimiento del movimiento de protesta había estado marcado por la gran coalición que, a finales del 1966, había unido a CDU y SPD bajo el canciller Kiesinger y había dejado a la sociedad alemana prácticamente sin oposición. A ello respondería la creciente movilización estudiantil llamando a una “oposición extraparlamentaria”. Pero el movimiento no llegaría a ser masivo hasta junio de 1967. En una gran manifestación contra la visita del Sah de Persia a Berlín-Oeste, la policía tolera que la guardia del Sah golpee a los estudiantes y reprime la manifestación con brutalidad. Un policía dispara por la espalda a un estudiante desarmado y pacífico y lo mata. El gobierno de Berlín y los medios mayoritarios cierran filas y defienden la actuación policial. El policía autor de los disparos sería incluso absuelto unos meses más tarde. Sin embargo, esto genera indignación y refuerza los apoyos a la oposición extraparlamentaria entre intelectuales, estudiantes y la prensa liberal. Muchos estudiantes ingresan las semanas siguientes en el SDS, cuya estructura organizativa apenas puede hacer frente al número de nuevos inscritos. Esta nueva situación de efervescencia política sería el marco desde el que Dutschke y Krahl, a partir del otoño de

1967, lograrían marcar el rumbo de la asociación y convertirla en centro de la revuelta antiautoritaria.

Sin embargo, Krahl era consciente de que el escenario del capitalismo de posguerra planteaba una situación históricamente nueva para un movimiento de oposición. La población estaba completamente integrada en el sistema de trabajo y consumo, y después del fascismo y la guerra no existía un movimiento de trabajadores politizado. En el seno de las sociedades capitalistas la lucha económica por acceder a los medios de vida –las reivindicaciones salariales o de derechos laborales– había terminado por escindir de la lucha política, y eso implicaba renunciar a toda transformación de las relaciones sociales en las que se jugaba la supervivencia:

La lucha meramente económica integra a las masas en las relaciones de dominación económica y las condena a la apatía frente a la violencia extra-económica. La supresión de categorías de percepción política, la ignorancia frente a los fenómenos de brutalización en todas las esferas de la vida social, es algo que este reformismo ha ayudado a producir (Krahl 1971, 161).

En este contexto, las formas organizativas de la política tradicional ya no servían. Con todo, la población seguía albergando expectativas de paz, libertad y vida plena que resultaban incompatibles con su integración en el sistema (Krahl, 1971: 248). Ahí se evidenciaba un potencial de politización con el que era necesario enlazar, y en eso iba a consistir su apuesta. Pero eso exigía también una comprensión de las relaciones de fuerzas vigentes y sus tendencias evolutivas.

Un primer momento en la elaboración de las posiciones del movimiento fue el célebre *Organisationsreferat* [“Ponencia sobre la organización”], que Dutschke y Krahl elaboraron conjuntamente para la asamblea federal del SDS en septiembre de 1967. La asunción de partida era que el periodo del milagro económico, con sus

altas tasas de crecimiento y un nivel de ocupación cercano al pleno empleo, había pasado. El momento histórico se interpretaba como la entrada en una fase de crisis. En este contexto la alternativa entre emancipación y barbarie se planteaba también de forma históricamente nueva. Krahl había notado ya en los trabajos preparativos para su tesis doctoral que las “leyes naturales” del desarrollo capitalista no llevaban por sí solas al socialismo, sino más bien a “relaciones de dominación que pueden ser adecuadas al desarrollo de las fuerzas productivas, pero de pura barbarie: un fascismo industrial” (Krahl 1971, 88). Eso parecía confirmarse ahora bajo la forma un “sistema de estatismo integral” (Dutschke y Krahl, 1980: 288). En él las relaciones capitalistas podían estabilizarse, pero sólo gracias a una intervención estatal que reducía el papel de la esfera de la circulación y el intercambio e imponía una economía de comando. La influencia de “Estado autoritario” de Horkheimer sobre este diagnóstico era muy clara. En dicho texto Horkheimer señalaba el establecimiento de un control cada vez más férreo y centralizado de la producción, que eliminaba la libre competencia y el modelo de economía de mercado liberal. En este sentido el incremento de la coacción estatal, no mediada por mecanismos de mercado, era lo que permitía mantener el orden social y el régimen de acumulación capitalista (Dutschke/Krahl, 1967: 288 s.). Más que a una forma estatal, el estado autoritario remitía a una fase del capitalismo avanzado, a una “constitución históricamente nueva del sistema de la totalidad social” (Krahl, 1971: 222).

La apelación al texto de Horkheimer para señalar el riesgo de un vuelco autoritario no era gratuita: la gran coalición entre CDU y SPD había dejado a la República Federal sin oposición en el parlamento, y en mayo de 1968 el gobierno iba a promulgar unas Emergency Acts que restringían enormemente los derechos democráticos. Si la crisis de 1929 había favorecido la brutal estructura de poder fascista, la tesis era que esa coerción no había desaparecido de la sociedad del milagro económico, sino que los individuos, más bien, la habían interiorizado. La violencia directa de la fase fascista había sido sustituida por las garantías del Estado social y por

nuevas formas de manipulación, al estilo de la industria cultural, que fijaban la conciencia de los asalariados a las condiciones de la vida capitalista (cf. Krahl, 1971: 351 s.). La influencia de la prensa del grupo editorial Springer era en este sentido sintomática. La dominación ya no funcionaba como coacción externa, sino como una producción de conformismo que delegaba toda satisfacción de necesidades al aparato social. Por ello Krahl advierte un elemento autoritario en el “estado de bienestar”, en la medida en que sus garantías de seguridad material reprimían la articulación social de necesidades que vayan más allá de la supervivencia en el marco social dado. Las mejoras en las condiciones de vida se introducían al precio de sumir a la población en un sistema de apatía (cf. Krahl, 1971: 239). En una sociedad en la que la inmensa mayoría de la población podía adquirir aparatos de televisión y neveras, en la que muchos tenían acceso a los “bienes culturales”,

la explotación significa la aniquilación radical y sin restos del desarrollo de las necesidades en la dimensión de la conciencia humana. Significa que las necesidades humanas, pese a la capacidad de satisfacción material de las mismas, quedan fijadas en las formas más elementales por miedo a que el Estado y el capital puedan quitarnos las mínimas garantías (Krahl 1971, 30).

Esto implicaba también una transformación del horizonte temporal de la existencia, que minaba la continuidad de las biografías y evidenciaba un nuevo grado de impotencia frente al poder social concentrado: “hoy, en lugar de esperanzas, deseos, expectativas y temores a largo plazo, tenemos reacciones repentinas, expectativas de gratificaciones y sanciones inmediatas y formas de satisfacción instintiva a muy corto plazo” (Krahl, 1971: 322). Esta transformación de las formas de conciencia social no debía considerarse a un nivel de mera crítica cultural, por así decir de “superestructura”, sino que había de interpretarse como un elemento constitutivo del sistema social del capitalismo avanzado.

De ahí se extraían consecuencias claras: “Si la estructura del estatismo integral, con todas sus mediaciones institucionales, constituye un sistema de manipulación gigantesco, esto lleva a que el sufrimiento de las masas adquiera una nueva cualidad” (Dutschke y Krahl, 1967: 289 s.). La población seguía arrojada a la lucha por la subsistencia material en una sociedad cuyas capacidades técnicas permitían cotas de libertad mucho mayores. La interiorización de las formas de dominación dificultaba enormemente la autoorganización de sus intereses, necesidades y deseos, ya que percibían la realidad desde los esquemas de percepción de la sociedad dominante. La lógica socializadora favorecía una vida pasiva y replegada sobre la esfera privada; ahí es precisamente donde entraba la importancia del SDS. Su función era, ante todo, la politización de la inteligencia. La posición de los estudiantes ofrecía la posibilidad de trascender el horizonte de conformidad de la “edad de oro del capitalismo”, pues su tarea como intelectuales exigía comprender los entresijos de la sociedad. Sin duda, esa posibilidad se basaba en una posición social de privilegio. Pero la meta no era abolir los privilegios, sino intentar expandirlos más allá de las universidades, alumbrando procesos de concienciación política que permitieran nuevas vías de intervención y aprendizaje colectivo en los que asalariados y estudiantes pudieran participar conjuntamente. Se trataba de posibilitar nuevas formas de experiencia política en sentido enfático.

En primer lugar, el objetivo era hacer visible la violencia latente, abstracta, que atravesaba las formas de socialización del capitalismo avanzado y conformaba la propia psique de los individuos, amenazando con apoderarse incluso de su naturaleza interna. A eso debían dirigirse las nuevas formas de acción y agitación políticas, concebidas como un proceso de concienciación social llevado a cabo por “minorías activas en medio de masas pasivas y sufrientes” (Dutschke y Krahl, 1967: 290). En este sentido se reclama una “mentalidad de guerrilla” capaz de hacer visible “el sistema de las instituciones represivas”. Los métodos para ello se tomaron de la lucha estudiantil que se había desarrollado en Berkeley a partir

de 1964; como allí, la universidad se entendía como “base social” del movimiento. La protesta consistía en formas de “desobediencia civil”, de los sit-in a los teach-in, que forzaban los consensos de la esfera pública liberal y a menudo también sus reglas de juego. La provocación no era un fin en sí mismo, sino una estrategia para poner en marcha procesos de reflexión que rompieran la connivencia prerreflexiva con el sistema social. Hacia este propósito querían Dutschke y Krahl dirigir la nueva estrategia organizativa del SDS, que para ellos no podía contentarse en ser una organización política tradicional, sino que exigía transformar la vida cotidiana y las formas de lucha política: pues “el problema de la organización se plantea hoy como el problema de la existencia revolucionaria” (Dutschke y Krahl, 1967: 290).

El objetivo último de Dutschke y Krahl era tantear cómo una *intelligentsia* politizada podía llegar a convertirse en una fuerza material en la historia, cómo podía llegar a amplias capas de población y transformar su modo de comprender la realidad. Sin duda, en sus ambiciones más enfáticas el movimiento fracasó. Se vio desbordado por su propia evolución, y era demasiado débil y precario para hacer frente a una situación social y política cada vez más ramificada y compleja (Claussen, 1988: 51 ss.). En ello incidiría también su radicalismo verbal, que contribuiría a generar sus propios conformismos –y Krahl sería también un crítico lúcido e implacable del movimiento en este sentido (cf. Krahl, 1971: 309-316)–. Con todo, sus planteamientos lograron transformar una asociación estudiantil en el epicentro de una oposición extra-parlamentaria que transformaría la sociedad alemana. “Una democracia social vive solo gracias a la actividad consciente de las masas políticamente maduras” (Krahl, 1971: 156). En este sentido el movimiento, sin otros medios que octavillas, manifestaciones y constantes procesos de discusión colectiva, logró concienciar de la importancia de una defensa activa de los propios intereses. La tentativa era rebasar el ámbito de los guetos izquierdistas en las condiciones del capitalismo avanzado, logrando poner en marcha una politización amplia de la sociedad sin caer por ello en los

mecanismos y pautas prescritas por la política institucionalizada (Claussen, 1988: 24). Pero el impulso teórico y político de Krahl no se agotaba en la defensa de una democracia radical. Su principal interés se dirigía a analizar las condiciones objetivas para una transformación social emancipadora en el seno del capitalismo avanzado. En este sentido sus escritos están atravesados por la necesidad de ir más allá de la lógica espectacular de la protesta con vistas a articular formas de organización en las que pueda gestarse una transición hacia el reino de la libertad.

TEORÍA CRÍTICA Y PRAXIS EMANCIPADORA

El elemento fundamental que recorre las reflexiones de Krahl es el análisis de las condiciones para la constitución de un sujeto político a la altura del capitalismo de su tiempo (Reinicke, 1973: 6). Se trata de tantear las vías para transitar de la “prehistoria” a la historia, y en este sentido el título “constitución social y lucha de clases” apunta al núcleo mismo de su propuesta teórica. Pero su noción de “clase” no debe entenderse en sentido tradicional. No se trata de una referencia al proletariado fabril ni a un grupo social con un determinado nivel de ingresos; lo que Krahl entiende por “proletariado” no puede considerarse como algo “dado” en el orden social existente, sino que tiene una fuerte dimensión utópica: es algo que se constituye a partir de la propia actividad consciente de los desposeídos y asalariados, emancipándose de las formas de organización coactiva en las instituciones clásicas del movimiento obrero (Claussen, 1985: 429). Ahora bien, ¿cómo podía constituirse esa nueva subjetividad en las sociedades de Europa occidental de finales de los sesenta? En este sentido Krahl constata que no hay una teoría revolucionaria a la altura de las condiciones del capitalismo avanzado (Krahl, 1971: 256). A ello dirigiría buena parte de sus esfuerzos teóricos, que parten de un análisis de la constitución social del capitalismo de su tiempo.

Un primer paso en esta dirección viene de su interés en los planteamientos marxianos. Su proyecto de tesis doctoral, “Sobre las leyes naturales del desarrollo capitalista en la teoría de Marx”, aspiraba a una comprensión actual de la dinámica del capitalismo desde una reapropiación novedosa de la crítica de la economía política. En este sentido es clave su célebre texto “Sobre la lógica de la esencia del análisis marxiano de la mercancía” (Krahl, 1971: 31-83), basado en una exposición en un seminario de Adorno en 1966-67. En él intenta seguir la pista a la función de la abstracción en la crítica de la economía política de Marx en relación con la *Wesenslogik* de Hegel. Se trata de un análisis centrado en las formas sociales del capitalismo, fundamentalmente en el valor, el trabajo abstracto, la mercancía y el dinero. Dichas categorías abstractas de la economía se entendían como “formas de ser” y “determinaciones de la existencia” de la sociedad burguesa (Krahl, 1971: 32); en ellas se revelaban también las formas objetivas de la dominación social. Sin duda, la categoría central es en este sentido el valor, que constituye “el motor automático y pseudo-natural [naturwüchsig] del desarrollo capitalista” (Krahl, 1971: 84). El valor se revela así como el verdadero sujeto del proceso social. Su abstracción se convierte en una fuerza bien tangible, en la medida en que el ser material y concreto de las mercancías se ajusta cada vez más a la pura forma del valor; de este modo ésta usurpa la materialidad del mundo y convierte los valores de uso y las necesidades humanas en mera alegoría: “los deja morir” (Krahl, 1971: 58). Frente a este predominio totalitario y destructivo de la abstracción del valor, el interés emancipatorio consistía en reapropiarse de las capacidades humanas para dar comienzo a la historia entendida como proceso consciente. Pero Krahl subrayaba: “La comprensión de la necesidad fatal de la ley del valor [...] no es ya la libertad en acto, sino que en primer lugar señala teóricamente sus condiciones de posibilidad” (Krahl, 1971: 56).

Pero hay que indagar también las condiciones para que dicha posibilidad pueda materializarse. Porque las “leyes naturales” del desarrollo capitalista, elaboradas en la crítica de la economía

política, conducen necesariamente hacia un escenario de crisis, pero no de emancipación. Y es que la emancipación no puede ser resultado de un proceso histórico predeterminado, derivado de mecanismos o necesidades objetivas. Más bien requiere una intervención política consciente, capaz de romper con esa “necesidad natural”, pues solo así podrá abrir el acceso al “reino de la libertad”. En este sentido, en sus últimos textos Krahl incide en las insuficiencias de Marx para vincular su análisis de las formas objetivas de la dominación capitalista con una teoría de la emancipación (cf. Krahl, 1971: 392-415). Pues la emancipación, para poner fin a la “prehistoria”, ha de venir de la voluntad consciente de los seres humanos organizados, no de procesos que se imponen a los agentes desde fuera –y eso valía también para la noción marxiana de “conciencia de clase”, que no podía entenderse como una adscripción puramente objetiva, heterodeterminada (Krahl, 1971: 398 s.)–. Se trataba, en definitiva, de depurar la tradición marxiana de todo mecanicismo, de toda determinación objetiva que coarte la espontaneidad de una subjetividad política transformadora. Pero no basta con afirmar esa subjetividad: hay que indagar también sus condiciones de posibilidad históricas y sociales.

Pensar el capitalismo desde la perspectiva de su transformabilidad exige ir más allá de la propia inmanencia del sistema para sondear las condiciones de posibilidad de una subjetividad transformadora. De ahí su reivindicación del concepto de “utopía concreta” (Krahl, 1971: 350). Krahl busca posibilidades de establecer vínculos entre una objetividad social destructiva y avasalladora y una subjetividad política por constituir. En este sentido sus propuestas son tentativas, esbozos que su temprana muerte dejó en estado fragmentario. Una de las claves la encontrará en la categoría de producción, sin duda fundamental en la socialización capitalista. La producción abarca tanto el trabajo como su organización social. Pero una interpretación exclusivamente economicista pasaría por alto su potencial político. Pues el trabajo no es sólo una “desgracia que valoriza el capital”, sino también –al menos potencialmente– “una fuerza productiva de la emancipación que niega el

capital” (Krahl, 1971: 396). En este sentido, el planteamiento de Krahl puede leerse como un rechazo de la separación habermasiana entre trabajo e interacción, que ontologiza el metabolismo social con la naturaleza y lo confina al reino de la necesidad. Porque el trabajo, como “actividad objetiva” [*gegenständliche Tätigkeit*], no puede reducirse a mera “acción instrumental” (Krahl, 1971: 401 ss.). También el desarrollo de las capacidades humanas, e incluso de la capacidad de disfrute, es parte de las fuerzas productivas. En este sentido Krahl desarrolla un concepto de producción con un fuerte potencial emancipador. La producción se entiende como “principio de la historia”, y por tanto como fin de la “historia natural”: “La producción es lo que permite a los seres humanos desarrollar una relación activa con la naturaleza y significa que son capaces de emanciparse de ella” (Krahl, 1971: 393). Está vinculada al desarrollo y la emancipación de las necesidades humanas, incluso más allá de la mera autoconservación, y es lo que posibilita “una actividad vital autónoma” y, como tal, “está indisolublemente vinculada con la espontaneidad política” (Krahl, 1971: 344).

Ahora bien, ¿cómo se materializan esos potenciales en el capitalismo avanzado? La subsunción del trabajo bajo el capital significa la socialización de la producción. En el capitalismo el propio proceso productivo, el metabolismo social con la naturaleza, se ve socializado –si bien no de forma consciente–. Pero eso hace que la contradicción entre socialización y apropiación privada se vuelva cada vez más manifiesta. En este sentido Krahl detecta un proceso clave en el hecho de que, con el crecimiento de la productividad, el saber científico y técnico se convierta en un factor productivo más. El trabajo intelectual, cada vez más necesario en un proceso productivo basado en la automatización y el crecimiento del capital fijo, queda subsumido bajo las exigencias del capital. Esto transforma el carácter de los antagonismos sociales (Krahl, 1971: 340). Por una parte, el trabajo intelectual y científico pierde su excepcionalidad y queda sometido a los criterios que rigen el trabajo productivo, subordinándose a las demandas de rentabilidad del capital. Pero, por otra parte, eso ofrecía la posibilidad de una

alianza entre trabajadores corporales e intelectuales. Esta alianza estaría inscrita en las propias relaciones de producción del capitalismo avanzado, y abriría para Krahl nuevos potenciales. En primer lugar, significaba que la “clase” a articular políticamente no podía identificarse ya con el proletariado industrial. Sin incluir a la inteligencia científica ya no era posible construir una conciencia de clase a la altura del momento histórico (Krahl, 1971: 341). Eso es lo que, en su opinión, permitía esperar que “el movimiento de la inteligencia científica” pudiera convertirse en “teórico colectivo de la praxis proletaria” (Krahl, 1971: 351).

Estas formulaciones, y especialmente el texto “Tesis sobre la relación general entre inteligencia científica y conciencia de clase proletaria” (Krahl, 1971: 336-353), han ejercido una notable influencia sobre los planteamientos del post-operaísmo italiano (cf. Berardi, 2016; Negri, 1976). Pero quizá sería excesivo considerar a Krahl un pionero de la condición post-obrera. Ya se ha subrayado el carácter problemático de algunas de estas formulaciones, muy vinculadas a la coyuntura del movimiento estudiantil en su fase de descomposición (Cavazzini, 2010; Reinicke, 1973: 54 s.). Sin duda, en buena medida estas tesis están marcadas por la oposición de Krahl al “giro proletario” dentro del movimiento, que tras algunas derrotas y decepciones había llevado al predominio de posiciones pseudo-obreristas entre los estudiantes (Kocyba, 2010). Por otra parte, el decurso posterior del capitalismo revela que los potenciales emancipadores que Krahl vaticinó no se realizaron: ni la incorporación de la cooperación y las relaciones humanas al proceso productivo ha quebrado el reino de la necesidad ni se ha superado realmente la escisión entre trabajo y contemplación. Con todo, esto no quita ninguna relevancia a su búsqueda de vías para quebrar la lógica objetiva de socialización y articular nuevas formas de subjetividad política. Pero en este sentido la clave que recorre sus planteamientos parece, más bien, la cuestión de la organización. Pues el objetivo no era tanto elaborar una estrategia para la toma del poder político como constituir formas de vida y lucha que anticiparan, en el seno de lo existente, un camino hacia

la emancipación. El mérito de Krahl estriba en haber puesto sobre la mesa la centralidad de esta cuestión para toda teoría emancipadora, señalando la necesidad de ir más allá de las posiciones de la teoría crítica “clásica” en este terreno (Krahl, 1971: 292, 300).

Para Krahl, es en la cuestión de la organización donde se juega la constitución de una subjetividad transformadora, capaz de rebasar la inmanencia del sistema capitalista. El carácter objetivista de sus conceptos de clase y conciencia de clase impidieron a Marx plantear adecuadamente este problema (Krahl, 1971: 400). El leninismo, por su parte, con su confianza en la estructura vertical del partido, daba por hecho aquello que había que construir: la clase y la organización misma. Krahl considera que sólo a través de la práctica de lucha podía adquirirse articularse una subjetividad política con una conciencia transformadora. En este sentido su planteamiento enlazaría con una observación de Walter Benjamin, cuando señala que la organización es el medio en el que se refleja la cosificación de las relaciones sociales, pero también el único medio en el que ésta podría ser superada (Benjamin, 1930: 221). Aquí es donde cobra expresión la centralidad de la autodeterminación frente a los imperativos de la lógica de la socialización. El objetivo era anticipar el reino de la libertad desde la propia práctica de lucha en medio de un mundo marcado por la coacción; este era sin duda el punto en el que la disolución de la individualidad burguesa enlazaba con la dimensión utópica del movimiento. Pero la nueva subjetividad, que requería espontaneidad y solidaridad, no podía considerarse como algo dado en condiciones capitalistas; en ellas primaba la atomización, relaciones estratégicas y actitud conformista. Alumbrar nuevas formas de vida requería también disciplina. Se trataba de un “esfuerzo organizado para superar el estado desindividualizado de los individuos” (Berndt, 1988: 182). En palabras de Krahl:

Para nosotros en el SDS se plantea por ejemplo la cuestión de cómo es posible construir una forma de organización que, en condiciones de coerción y violencia, pueda generar indi-

viduos tanto autónomos como capaces de someterse a las exigencias de la lucha en condiciones de la coacción. Este problema está completamente irresuelto (Krahl 1971, 262).

Ciertamente Krahl no logró resolver el problema, pero sí plantear su centralidad de forma inequívoca. La cuestión de la organización tenía que ver también con los intentos de rebasar la propia experiencia individual de impotencia en el capitalismo avanzado. Se trataba de una realidad que había de ser encarada, pues “cada cual intenta sustraerse a esta experiencia de impotencia, a la presión de las relaciones sociales, porque es algo doloroso” (Clausen, 1985: 429). Eso se manifestó en la propia descomposición del movimiento, en su degeneración en grupúsculos sectarios y autorreferenciales, cuyo radicalismo era puramente verbal y no permitía articular una fuerza social significativa. En sus últimos textos, Krahl señala repetidamente la necesidad de reflexionar sobre las contradicciones de un movimiento de jóvenes intelectuales cada vez más volcados al accionismo, que actuaban desde una conciencia “accionista, sectaria y ciegamente egoísta” (Krahl, 1971: 311). Frente a ello, un movimiento de transformación requería establecer solidaridades a largo plazo y comprender el entramado de coerciones de la lógica social. Si Adorno había confrontado a los estudiantes con la crítica de la pseudo-actividad, los últimos textos de Krahl se revelan conscientes de que la razón emancipadora del movimiento había entrado en un proceso autodestructivo. Para los grupos maoístas o neostalinistas la instrucción en sus respectivas cosmovisiones se convertía en sustituto de la praxis, y en último término impedía el conocimiento de su entorno capitalista:

El canon cerrado de teoremas sistemáticos y una organización disciplinada son síntoma de un sustituto de la estrategia y de necesidades de seguridad y de vínculo que bloquean el desarrollo de colectivos revolucionarios productivos y de necesidades emancipadoras de liberación, de necesidades

revolucionarias de una lucha política que exige resultados y está cargada de riesgos (Krahl 1971, 318).

En sus últimos textos, Krahl señala una y otra vez que el movimiento adolecía de la falta de un principio de realidad político. Éste tenía que tener en cuenta tanto las relaciones de fuerza como las formas sociales de conciencia (cf. Krahl, 1971: 284-290). Solo desde dicho principio de realidad se podrían desarrollar estrategias e imperativos de organización capaces de sobrevivir en el tardocapitalismo. Sin duda “la revuelta antiautoritaria se fue a pique por esta carencia, no por la represión externa” (Claussen, 1985: 429). En este sentido para Krahl la prioridad era conectar con necesidades difusas a nivel social en las que pudiera sedimentarse un impulso emancipador. La integración de la clase trabajadora en el capitalismo significaba que el potencial de politización ya no eran el hambre y la miseria material. Eso quebraba las seguridades de los movimientos revolucionarios tradicionales, pero abría a su vez nuevos potenciales. En estas condiciones era posible articular intereses emancipadores que apuntaran más allá del mero ámbito de la supervivencia, de la lucha por las “cosas rudas y materiales” (Benjamin). Permitía poner en el centro una conciencia de la mutilación de las posibilidades humanas en la lógica socializadora del capitalismo avanzado, así como la reducción administrada de lo posible y la mutilación de la experiencia. Permitía poner de manifiesto que la sofisticación técnica de la sociedad, su progreso en el dominio de la naturaleza, no había ido acompañada de un desarrollo de los potenciales individuales y sociales, sino más bien de una brutal atrofia de los mismos. De ahí la insistencia de Krahl en formular necesidades emancipadoras difusas a nivel social, aunque fuera con categorías precarias e insuficientes. Pues, de lo contrario, la teoría crítica sucumbiría “al proceso de tecnificación de las ciencias” (Krahl, 1971: 323).

La repentina muerte de Krahl segó de golpe el potencial de un modelo de teoría crítica que apenas estaba despuntando.

La vida de Krahl, que física y psíquicamente recorría una senda escarpada y mortal, es testimonio de la seriedad existencial con la que se desarrollaba un principio de realidad emancipador como posibilidad colectiva de esperanza vital para el individuo (Claussen, 1984: 429).

Lo que vino después fue un proceso de descomposición en grupúsculos sectarios, lucha armada y brutalidad represiva del estado alemán. Sería ingenuo pensar que Krahl hubiera podido detener esta deriva histórica, pero sin duda hubiera sido capaz de articular teóricamente las derrotas y buscar nuevas perspectivas en ellas. Lo que de él nos queda son apenas unos pocos escritos, transcripciones de charlas y anotaciones arrancadas al olvido. Poco más que fragmentos, que llevan además la impronta de una vida convulsa, marcada por la intensidad de un movimiento que dejó poco respiro para el trabajo teórico. Con todo, estos escritos permiten reconocer un potencial teórico y político enorme que sigue ofreciendo estímulos que merecen ser continuados.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor W. (2000). Kritik der Pseudo-Aktivität. Adornos Verhältnis zur Studentenbewegung im Spiegel seiner Korrespondenz, in: *Frankfurter Adorno Blätter*, VI. Munich: Text+Kritik, 42-116.
- Adorno, Theodor W. (2003). Graeculus (II). Notizen zu Philosophie und Gesellschaft 1943-1969, in: *Frankfurter Adorno Blätter*, VIII. Munich: Text+Kritik, 9-41.
- Backhaus, Hans-Georg (1997). *Dialektik der Wertform*. Freiburg: ça ira.
- Benjamin, Walter (1930). Ein Aussenseiter macht sich bemerkbar, in: *Gesammelte Schriften*, vol. 3. Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1991, 219-225.
- Berardi, Franco (2016). *L'anima al lavoro*. Roma: DeriveApprodi.
- Boyle, Michael Shane y Spaulding, Peter (2014). Hans-Jürgen Krahl: From Critical to Revolutionary Theory, *Viewpoint Magazine*, Issue

- 4: The State, 2014: <https://www.viewpointmag.com/2014/09/29/hans-jurgen-krahl-from-critical-to-revolutionary-theory/>
- Brinkmann, Heinrich; Brückner, Peter; Krahl, Hans-Jürgen; Lauer-
mann, Manfred (1978). *Sinnlichkeit und Abstraktion. Materialien
zu einer materialistischen Empirie*. Giessen: Focus Verlag.
- Cavazzini, Andrea (2010). Lutte de classes dans le capitalisme avan-
cé. Les aventures de la dialectique chrz Hans-Jürgen Krahl.
Séminaire du GRM: [https://f.hypotheses.org/wp-content/blogs.
dir/1106/files/2013/01/GRM4.LENINE.Krahl_.Cavazzini.pdf](https://f.hypotheses.org/wp-content/blogs.dir/1106/files/2013/01/GRM4.LENINE.Krahl_.Cavazzini.pdf)
- Cerutti, Furio; Claussen, Detlev; Krahl, Hans-Jürgen; Negt, Oskar;
Schmidt, Alfred (1971). *Geschichte und Klassenbewusstsein heute
I*. Amsterdam: De Munter.
- Claussen, Detlev (1985). Hans-Jürgen Krahl. Ein philoso-
phisch-politisches Profil, in: Krahl (1971), 424-431.
- Claussen, Detlev (1988). *Mit steinernem Herzen. Politische Essays*. Bre-
men: Wassmann.
- Claussen, Detlev (2000). Der kurze Sommer der Theorie, in: ib.: *As-
pekte der Alltagsreligion*, Frankfurt a. M.: Neue Kritik, 154-163.
- Demirovic, Alex (1989). Bodenlose Politik – Dialoge zwischen Theo-
rie und Praxis, in: Kraushaar (1998), vol. 3, 71-98.
- Dutschke, Rudi y Krahl, Hans-Jürgen (1980). “Organisationsreferat”,
in: Kraushaar (1998), vol. 2, 287-290.
- Horkheimer, Max (1968). Vorwort zur Neupublikation, in: *Gesammelte
Schriften*, vol. 3. Frankfurt a. M.: Fischer, 2009, 14-19.
- Horkheimer, Max (1970). *Beileidschreiben an die Eltern Hans-Jür-
gen Krahls, Max-Horkheimer-Archiv*, published in: [http://www.
krahl-seiten.de/](http://www.krahl-seiten.de/)
- Kalitz, Susanne (2007). *Von den Worten zu den Waffen? Frankfurter
Schule, Studentenbewegung, RAF und die Gewaltfrage*. Wiesbaden:
VS Verlag für Sozialwissenschaften.
- Kocyba, Hermann (2010). Abstraktion und Herrschaft. Dialektik
als Darstellung und Kritik. *Digger Journal*, 4: [http://www.dig-
ger-journal.net/digger-4/abstraktion-und-herrschaft-dialektik-
als-darstellung-und-kritik/](http://www.dig-
ger-journal.net/digger-4/abstraktion-und-herrschaft-dialektik-
als-darstellung-und-kritik/)
- Koenen, Gerd (2008). Der transzendental Obdachlose – Hans-Jürgen
Krahl. *Zeitschrift für Ideengeschichte*, 2, 2008, H. 3, pp. 5-22.

- Krahl, Hans-Jürgen (1971). *Konstitution und Klassenkampf. Zur historischen Dialektik von bürgerlichen Emanzipation und proletarischer Revolution*. Frankfurt a. M.: Neue Kritik, 2008.
- Krahl, Hans-Jürgen (1979). *Erfahrung des Bewusstseins. Kommentare zu Hegels Einleitung in die Phänomenologie des Geistes und Exkurse zur materialistischen Erkenntnistheorie*. Frankfurt a. M.: Materialis.
- Krahl, Hans-Jürgen (1984). *Vom Ende der abstrakten Arbeit*. Frankfurt a. M.: Materialis.
- Kraushaar, Wolfgang (1998). *Frankfurter Schule und Studentenbewegung: Von der Flaschenpost zum Molotowcocktail 1946 bis 1995* (3 vols.). Frankfurt a. M.: Zweitausendeins.
- Maiso, Jordi. (2009) "Teoría Crítica y experiencia viva. Una entrevista con Detlev Claussen". *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 1. 105-159.
- Negri, Toni (1976). *La fabbrica della strategia*, Padova: Librerirossi.
- Negt, Oskar (1995). *Achtundsechzig. Politische Intellektuelle und die Macht*. Hannover: Steidl, 2008.
- Rabehl, Bernd (1997). Zur archaischen Inszenierung linksradikaler Politik, in: *Kraushaar* (1998), vol. 3, 34-64.
- Reinicke, Helmut (1973). *Für Krahl*. Berlin: Merve Verlag.
- Reinicke, Helmut (2010). Theorie ist Revolte. Hans-Jürgen Krahl, die Theorieproduktion und 'no satisfaction'. *Digger Journal*, 4. <http://www.digger-journal.net/digger-4/theorie-ist-revolte/>
- Reinicke, Helmut (2013). *Rudi Dutschke. Aufrecht gehen – 1968 und der libertäre Kommunismus*. Berlin: Laika Verlag.
- Sassmanhausen, Norbert (2008). Biographische Skizze, in: Krahl (1971), 432-438.
- Schütte, Wolfram (1970). Krahl: Zu seinem Tode, in: Kraushaar (1998), vol. 2, 711-712.
- Tiedemann, Rolf (2011). *Adorno und Benjamin noch einmal*. Munich: Text+Kritik.
- Wesel, Uwe (2002). *Die verspielte Revolution. 1968 und die Folgen*. Munich: Blessing.
- Zur Lippe, Rudolf (1989). Die Frankfurter Studentenbewegung und das Ende Adornos, in: Kraushaar (1998), vol. 3, 112-125.